

Nacido en el reino de Leinster (Irlanda) en el año 525 ó 543, Columba o Columbano recibió su formación intelectual y ascética (tras un periodo de vida eremítica) primero en el monasterio de Cluain-Inis (condado de Fermanagh, al norte de Irlanda) y después (en el año 558) en el monasterio de Bangor (condado de Down, en el Ulster), donde san Comgall, representante de la escuela ascética más rigurosa de las islas Británicas, había adaptado la vida monástica a la obra de evangelización. Dejada la patria, Columbano con doce compañeros, después de haber residido al sur de la Escocia actual (570-574), se dedicó a la evangelización de los pueblos extranjeros: en Galia, donde vivió en la Austrasia (entre el Mosa y el Rin) del año 575 al 588; luego en Borgoña, cuyo reino se extendía por buena parte de la Galia centrooriental. Aquí fue invitado por el rey Gontrano, y fundó sucesivamente tres monasterios: Annegray (Vogesen), Luxeuil (junto a una ciudad de aguas termales, demolida en el siglo III) y Fontaines. Cuando el número de los monjes alcanzó los doscientos cincuenta, Columbano compuso primero una Regla (ayuno, oración, trabajo, lectura diaria), que se convirtió (junto con la Regla de san Benito) en la forma más apropiada del evangelio para los hombres del siglo VI; y más tarde un Penitencial, con las reglas penales «tarifarías» en uso en Irlanda, para la confesión individual secreta.

Tras varios altercados con la corte borgoñona y con la misma Iglesia franca a causa de su irritante intransigencia (por la fijación de la fecha de las fiestas pascales, por la defensa de la moral cristiana y por los usos monásticos), fue expulsado de Borgoña y obligado a reembarcarse hacia su isla natal en Nantes. Pero su barco encalló y fue llevado al reino de Clotario, en Ruán (Neustria), donde logró imponer el respeto de la ley cristiana al rey y su corte. Más tarde se dirigió a la alta Renania; pero atraído por Roma, partió para Italia: llegó primero a Tuggen, en el lado de Zurich (de donde fue expulsado), y después a Bregenz, en el lago de Constanza (también aquí se le rechazó). Dejó en esta localidad a su monje Gall, que se negó a seguirlo porque esperaba poder evangelizar aquel lugar (de ahí el nombre del cantón suizo de San Gall); y, por último, atravesó los Alpes para llegar a la llanura del Po.

Acogido por los reyes longobardos (Agilulfo y Teodolinda), tomó posición en la disputa dogmática de los tres capítulos, en la cual los partidarios rechazaban la condena lanzada por el segundo concilio de Constantinopla (553) contra tres escritos de teólogos orientales acusados de nestorianismo, a quienes no se había opuesto del todo el concilio de Calcedonia. Luchando contra el silencio del papa Vigilio, contrario al partido lombardo

arriano, que pretendía ser el único fiel a Calcedonia y criticaba la ortodoxia de la Santa Sede, Columbano, declarándose fiel a San Pedro, invocó del papa sanciones contra los obispos que no seguían la condena del concilio de Constantinopla. En contraste con los lombardos arrianos, fue obligado a retirarse al Apenino ligure, donde fundó el monasterio de Bobbio (sobre el Trebbia). Aquí vivió en soledad hasta su muerte (615). Este monasterio, del que no quiso alejarse aunque le invitara el rey Clotario a ir a la Galia, conserva ahora sus restos mortales. Columbano ha dejado su nombre en herencia a más de doscientas aldeas y montañas (como Saint-Colomban, Grand Colombier, Monte Columbano, etc.).



SAN COLUMBANO, MONJE Y EVANGELIZADOR († 615)

Perfil espiritual y apostólico

Columbano fue el más grande de los misioneros de los tiempos bárbaros, porque recorrió diagonalmente la Europa occidental evangelizando. Fue un apóstol-monje que supo conciliar el rigor ascético, sacado de la tradición monástica irlandesa de san Patricio, con la flexibilidad propia del monasterio-escuela de Bangor. Esta actividad apostólica, favorecida por la colaboración con el poder político, tendía a conciliarse a los príncipes para obtener la conversión de los súbditos, pero sin descender a compromisos con las malas costumbres y la corrupción moral: como cuando se negó a bendecir a los hijos ilegítimos de Teodorico, rechazando asimismo los alimentos de su corte.

La síntesis equilibrada entre servicio apostólico y vida monástica le enajenó muchas simpatías también por parte de los obispos galicanos y del mismo papa, debido a ciertas formas de praxis propias del particularismo irlandés, no conformes con las costumbres continentales. A este profeta irlandés, que apareció como el hombre providencial en el momento más necesario, se debe el despertar de la fe en el mundo tenebroso y sanguinario de la Europa bárbara, con la reforma de las costumbres y de las instituciones eclesíásticas, con la consolidación de la autoridad de los

obispos y una mejoría de la vida del clero, con la difusión de la confesión auricular individual (que se convertirá posteriormente en la praxis común del sacramento de la penitencia en la Iglesia occidental) frente a la abandonada penitencia canónica pública.

Somos invitados a venerarlo como maestro porque podemos inspirarnos no sólo en sus composiciones poéticas, que revelan el sentido de la naturaleza propio de los celtas, sino ante todo en su espíritu radical de buscar a Dios sobre todas las cosas, sin compromisos (como Columbano, que por esta intransigencia moral encontró tantas repulsas y fue obligado a huir de Borgoña), y también en su celo para edificar a la Iglesia.

(Texto de E.Lodi, o.c., p.501-504)